

Las enfermedades infecciosas en la literatura. Una larga historia sin final

María José Fresnadillo Martínez

¹Departamento de Ciencias Biomédicas y del Diagnóstico. Facultad de Medicina. Universidad de Salamanca (España).

²IUCE (Instituto Universitario de Ciencias de la Educación). Universidad de Salamanca (España).

³IBSAL (Instituto de Investigación Biomédica de Salamanca) (España).

e-mail: jofrema@usal.es

Recibido el 21 de marzo de 2015; aceptado el 27 de marzo de 2015.

Resumen

Las enfermedades infecciosas ocupan un lugar preeminente en la Literatura Universal como lo atestiguan obras de la calidad y trascendencia de *La peste* de Albert Camus, *La Montaña Mágica* de Thomas Mann o *Pabellón de reposo* de Camilo José Cela. Además su presencia constante en el día a día de todos los hombres determina su indudable valor en descripciones y argumentos.

En estas páginas, un primer acercamiento a las enfermedades infecciosas en la Literatura, se incluyen pasajes significativos que ilustran no sólo la enfermedad sino que aportan una perspectiva histórica y social difícilmente alcanzable por otros medios. Contrastar la realidad con la ficción, con espíritu crítico y rigor puede conducir a un conocimiento profundo de muchas patologías infecciosas.

Palabras clave: enfermedades infecciosas, literatura, tuberculosis, peste, difteria, lepra, cólera, gripe.

Summary

Infectious diseases feature prominently in world literature, as witnessed by transcendent literary works like *La peste* (Albert Camus), *La montaña mágica* (Thomas Mann) or *Pabellón de reposo* (Camilo José Cela). Also, their constant presence on the day-to-day of all men determines their unquestionable value regarding descriptions and arguments.

These pages provide a first contact with infectious diseases in literature, including significant text passages that illustrate not only the illness but also a social and historical perspective hardly achievable by other means. The contrast between reality and fiction, with rigor and critical approach, can lead to a profound knowledge of lots of infectious diseases.

Keywords: Infectious diseases, Literature, Tuberculosis, Plague, Diphtheria, Leprosy, Cholera, Flu, Influenza.

La autora declara que el artículo es original y que no ha sido publicado previamente.

La literatura universal está plagada de historias de enfermos y de médicos, de sanatorios, hospitales, lazaretos y manicomios. Historias de familias, de pueblos y de culturas abatidas por pestes, historias impregnadas de la vulnerabilidad del ser humano ante una enfermedad infecciosa. Tuberculosis, lepra, cólera, peste, difteria, tétanos, gripe... son objeto de páginas, capítulos, versos, estrofas, actos, metáforas, hipérboles, símiles... desde el antiguo testamento hasta las últimas novedades y lanzamientos editoriales. Desde simples menciones, hasta auténticos estudios clínicos y complejas patobiografías.

Este protagonismo de las enfermedades infecciosas en la literatura está claramente justificado ya que constituyen la intersección perfecta, el punto de convergencia ideal de la esencia de la literatura -como expresión y manifestación de vivencias, ideas y sentimientos- con el núcleo de la naturaleza humana con toda su fragilidad pero también con todo su poder. Su frecuencia y mortalidad asociada, su dinamismo e imprevisibilidad y su capacidad de transmisión las hace imprescindibles como modelo de sufrimiento -como experiencia y como símbolo- ya que a su dramatismo individual asocian su potencial capacidad de decidir el destino de la humanidad.

Es cierto que no todas las enfermedades infecciosas tienen el mismo peso ni la misma presencia en la literatura. Arthur Conan Doyle (1859-1930), médico y escritor, creador del mítico Sherlock Holmes, en los *Cuentos de Médicos*¹ comenta: "...Pero yo he pensado a veces que en una de estas reuniones nuestras se podría leer una memoria acerca del empleo de la medicina en la novela popular (...) en esa memoria se trataría de qué mueren los personajes de las novelas y cuáles son las enfermedades de que hablan los novelistas. De algunas se abusa hasta no poder más, mientras que apenas mencionamos otras que son muy corrientes en la vida real. De tifoideas se habla con frecuencia, pero la escarlatina es casi desconocida (...) las pequeñas molestias no existen en las novelas y nadie sufre en ellas de zóster, anginas o paperas" y, tiene parte de razón porque no todas las enfermedades infecciosas tienen el mismo impacto social ni están revestidas de los mismos tintes apocalípticos y catastrofistas pero, en su aseveración obvia que constituyen el día a día de todos los individuos determinando actitudes, comportamientos y vivencias. Narradores y "narrados" sufren tuberculosis, difteria, peste o cólera pero también catarros comunes, infecciones de heridas, gastroenteritis, forúnculos y otras infecciones banales de diferentes órganos y sistemas y por eso se reflejan en descripciones y determinan argumentos.

Y no hay duda de que la vivencia es importante a la hora de recrear una enfermedad ya que con "inteligencia artística" el autor integra su "experiencia médica" en el proceso creativo. Esta superposición del autor y su obra ha sido manifestada por muchos escritores de todas las épocas y culturas desde Gustave Flaubert (1821-1880) que sentencia "*Madame Bovary soy yo*"² a Rosa Montero que en *La loca de la casa* (2003) dice "...una novela es todo lo que el escritor es, incluidas sus enfermedades"³ pasando por Chejov (1860-1904) que señala "...si sólo contara con mi imaginación para hacer carrera en la literatura ya habría desistido"². Y la vivencia de una enfermedad va más allá pues el sufrimiento y el dolor están íntimamente unidos a la creación artística. Ernesto Sábato (1911-2011), inolvidable creador de *El túnel* (1948), señala que la obra maestra surge ante "*dolorosas encrucijadas en que intuimos la insoslayable presencia de la muerte*" y el pintor Edvard Munch (1863-1944) autor del *El grito* (1893) apunta que "*sin la enfermedad y la angustia, yo hubiera sido un barco a la deriva*"⁴.

Pero el escritor es además un hombre inmerso en su época y profundamente implicado en ella y que ofrece una visión particular de su mundo y de la realidad que le rodea. El autor no "copia" la realidad sino que la interpreta y la carga de sentido -en palabras de Marcel Proust "*El arte reconstruye la vida*"⁻². De esta forma,



Autorretrato después de la gripe española (1919). Edward Munch (1863-1944). Nasjonalgalleriet, Oslo. Noruega

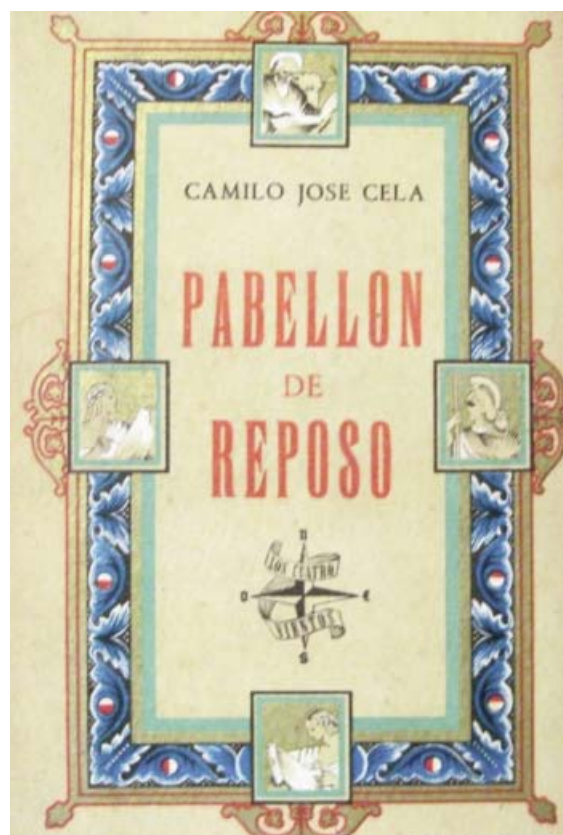
cómo se plasma la infección en la Literatura depende no sólo del impacto de la enfermedad en la época sino también de la “tradición” histórica de la enfermedad.

Posiblemente el ejemplo más claro sea la tuberculosis que posee las características para ser considerada la enfermedad literaria por excelencia (frecuencia, contagiosidad, evolución crónica y fatal, fenotipo...) y aglutina prácticamente todos los tópicos sobre literatura y enfermedad.

Muchos escritores la padecieron: Rousseau (1712-1778), Goethe (1749-1832), Schiller (1759-1805), Walter Scott (1771-1832), Novalis (1772-1801), John Keats (1795-1821), Kierkegaard (1813-1855), Charlotte (1816-1855), Emily (1818-1848) y Anne (1820-1849) Brontë, Walt Whitman (1819-1892), Dostoyevsky (1821-1881), Becquer (1836-1870). Jacinto Verdaguer (1845-1902), Stevenson (1850-1894), Leopoldo Alas “Clarín” (1852-1901), Chejov, Gorki (1868-1936), Kafka (1883-1924), D. H. Lawrence (1885-1930), Catherine Mansfield (1888-1923), Orweell (1903-1950), Miguel Hernández (1910- 1942), Camilo José Cela (1916-2002), Miguel Delibes (1920-2010) o Rosa Montero (1951-) solo por citar a algunos^{2,5,6,7}.

En muchos actuó como detonante de talentos ocultos al condenarlos a una ociosidad impuesta por largas convalecencias y reposos. La tuberculosis convirtió a Camilo José Cela en un lector voraz y determinó su devenir profesional⁸. El mismo lo refleja en algunos pasajes. En *Pabellón de reposo*⁹ manifiesta la capacidad de la tuberculosis para determinar la vida de las personas “...los tuberculosos han dejado de ser abogados, de ser ingenieros, comerciantes, pintores...” y en *La Rosa*¹⁰, en tono autobiográfico expresa magistralmente el día a día de un tuberculoso “...Nuestro joven. En sus prolongados reposos, lee a Ortega entero y de cabo a rabo, en ejemplares que le presta Fernando Vela, amigo de su padre. Cuando termina con Ortega nuestro joven devora la colección completa del Ribadeneyra: setenta tomos. El tomo setenta y uno -el de los índices- le servía para ir marcándose la diaria labor; no se salta ni una página, aunque no pocas páginas las encuentra pesadísimas... Se cura y vuelve a la vida con mentalidad de triunfador... No soy un enfermo y en cambio, sí soy un hombre que ha leído más, mucho más, y mejor que los demás hombres de su edad”, reincidiendo en *Memorias entendimientos y voluntades*¹¹: “...Como tengo que estar todo el día echado y comiendo, me leo la colección entera de los clásicos Ribadeneyra, los setenta tomos que tenía entonces y Ortega, Baroja, Valle-Inclán, Dickens, Dostoievski y Stendhal...”

Y muchos, tuberculosos y no tuberculosos, la plasmaron en sus obras: Diego de Torres Villarroel (1694-1770) en *Los desahuciados del mundo y de la gloria* (1737), Charles Dickens (1812-1870) en *David Copperfield* (1849/50), Henri Murger (1822-1861) en *Escenas de la vida bohemia* (1851), Alejandro Dumas hijo (1824-1895) en *La dama de las camelias* (1848), Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) en *Viajes por España* (1883), José María de Pereda (1833-1906) en *La puchera* (1889), Henry James (1843-1916) en *Las alas de la paloma* (1902), Benito Pérez Galdós (1843-1920) en *Doña Perfecta* (1876), *El Doctor Centeno* (1883), *Lo prohibido* (1885), *Fortunata y Jacinta* (1887) o *Miau* (1888), Emilia Pardo Bazán (1851-1921) en *Un viaje de novios* (1881), *La Quimera* (1905) o *La sirena negra* (1908), Leopoldo Alas “Clarín” (1852-1901) en *La Regenta* (1885), *Cuentos morales –El dúo de la tos-* (1886), *Su único hijo* (1890) o *Doña Berta* (1892), Anton Chejov (1860-1904) en *El monje negro* (1894), Felipe Trigo (1864-1916) en *El médico rural* (1912) o *Jarrapellejos*, Rubén Darío (1867-1916) en *El oro de Mallorca* (1913), Pio Baroja (1872-1956) en *El árbol de la ciencia* (1911) o *Las noches del Buen Retiro* (1934), Thomas Mann (1875-1955) en *La montaña mágica* (1924), Juan Ramón Jiménez (1881-1958) en *Platero y yo* (1914), D.H. Lawrence (1885-1930) en *El amante de*

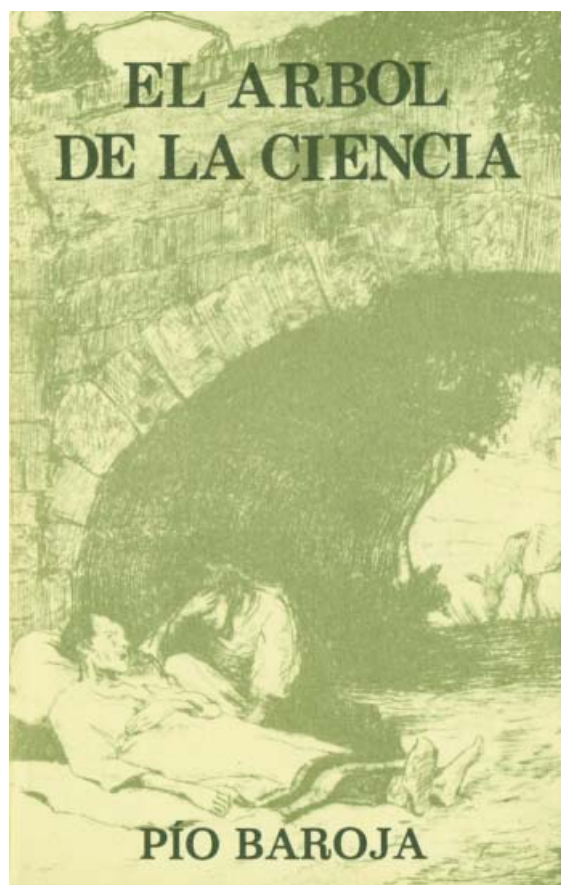


lady Chaterley (1928), Maxence van der Meersch (1907-1951) en *Cuerpos y almas* (1943) o *Porque no saben lo que se hacen* (1933), Camilo José Cela en *Pabellon de reposo* (1943), *La colmena* (1951), Mrs. Cadwell habla con su hijo (1953), *La Rosa* (1959), *Memorias entendimientos y voluntades* (1993) y prácticamente en todas sus obras, Juan Rulfo (1917-1986) en *Pedro páramo* (1955), Miguel Delibes (1920-2010) en *La sombra del ciprés es alargada* (1947), Frank McCourt (1930-2009) en *Las cenizas de Ángela* (1996), John le Carré (1931-) en *El jardinero fiel* (2001), Rosa Montero en *La loca de la casa*, Manuel Rivas (1957-) en *El lápiz del carpintero* (1998) o Susana Fortes (1959-) en *El azar de Laura Ulloa* (2006)⁹⁻⁴⁹.

Desde la mera mención (La mujer de Pereira en *Sostiene Pereira* de Antonio Tabucchi murió de tuberculosis) a trascendente en la trama y desenlace (*La dama de las camelias*, *La montaña mágica* o *Pabellón de reposo*). Desde la enfermedad real, cruel y desgarradora, lacra social e individual (“...Sé lo que es la tuberculosis. Si está para morir, tendrá que morir...” Manuel Rivas. *El lápiz del carpintero*) a la idealización coincidente con los ideales románticos (“... tenía la belleza tísica de los tuberculosos. Los ojos agrandados como lámparas veladas de luz. Una palidez de loza, barnizada de rosa en las mejillas...(...)... Y eran muy atractivos, con la belleza de la melancolía. Las mujeres enloquecían por ellos...” Manuel Rivas. *El lápiz del carpintero*. “...y si en realidad llegase a ponerme tísica, lo único que querría es acabar pronto...(...)...¿Quién demonios habrá hecho de la tisis una enfermedad poética?...” Rosalía de Castro. *Cartas*)^{9,15,37,48,50,51}.

Desde la clínica (“...A la semana siguiente el enfermo se puso un poco peor. Tuvo otra hemoptisis...” *La sombra del ciprés es alargada*. Miguel Delibes. “...El médico de la sala, a instancias de Andrés, fue a casa a reconocer al enfermito. Encontró a la percusión cierta opacidad en el vértice del pulmón derecho. Aquello podía no ser nada; pero unido a la ligera hemoptisis, indicaba con muchas probabilidades una tuberculosis incipiente...(...)...No se trataba de una enfermedad aguda. La idea de que el niño estuviera tuberculoso hizo temblar a Andrés...” *El árbol de la ciencia*. Pío Baroja), al tratamiento (“...Es de esperar que con reposo absoluto y una alimentación abundante estemos del otro lado. Eso —rió— sin contar con los prodigios terapéuticos del aire a Ávila...” *La sombra del ciprés es alargada*. Miguel Delibes. “... -Al aire libre todo el día...(...)... Las ventanas de su aposento, que nunca se cierran...(...)... Que coma lo más posible, platos nutritivos...(...)... Si aumenta de peso, nos hemos salvado... (...)...Tísico que engorda, tísico que cura...(...)... La tisis es un fenómeno de desnutrición...(...)... Huevos,

*huevos, aves blancas...(...) Que comiese, que comiese; el campo haría lo demás...(...)... se le improvisó una cama-catre, mullida, coquetona, con colcha de pabellones, para que pasase las horas de sol echado en el jardín de la fuente...”. La Quimera. Emilia Pardo Bazán. “...¿Qué le va a hacer?, preguntó el comandante...Un pneumotórax, dijo el doctor Da Barca, un pneumotórax a lo bravo. Se trata de que entre aire en el pecho para que comprima los pulmones y detenga la hemorragia...” *El lápiz del carpintero*. Manuel Rivas. “...Meses antes se había inventado un remedio eficaz para la tuberculosis: la tuberculina...(...)...Un profesor de San Carlos fue a Alemania y trajo la tuberculina...(...)...Se hizo el ensayo con dos enfermos a quienes se les inyectó el nuevo remedio. La reacción febril que les produjo hizo concebir al principio algunas esperanzas, pero luego se vió que no sólo no mejoraban, sino que su muerte se aceleraba...” *El árbol de la ciencia*. Pío Baroja.) pasando por la etiología (“...El bacilo de Koch sembrando tubérculos en el jardín rosado...” *El lápiz del carpintero*. Manuel Rivas.), el diagnóstico (“...Sacó el doctor el estetoscopio de un bolsillo...Le aplicó la trompetilla al lado izquierdo del pecho, auscultándole...(...)... El estetoscopio hizo un minucioso recorrido a lo largo y a lo*



ancho del débil pecho. En algunos puntos se detenía el doctor con gesto inescrutable. Hacía tamborilear sus dedos y el pecho de Alfredo sonaba a hueco...” La sombra del ciprés es alargada. Miguel Delibes.) y la epidemiología (“... Claro que nadie se paró en su casa por el puro miedo de agarrar la tisis...” Pedro Páramo. Juan Rulfo “...A Martina la habían apartado de la vera del enfermo. Supongo que por dos motivos fundamentales: el temor al contagio y el hecho de estimarla aun muy joven para ser presentada a la muerte...” *La sombra del ciprés es alargada.* Miguel Delibes)^{25,35,44,45,48}.

Y esto es solo un ejemplo. No es mi intención hacer en estas páginas una enumeración de obras, autores y enfermedades infecciosas. Mi propósito es estimular la curiosidad incluyendo pasajes significativos que plasman no sólo la enfermedad sino que aportan una visión histórica difícilmente superable e ilustran el impacto social, el dolor, el sufrimiento, los conflictos y preocupaciones de pacientes y allegados ofreciendo una visión mucho más completa de la enfermedad, a penas alcanzable por otros medios.

Así, con rigor y espíritu crítico, contrastando la ficción con la realidad, la obra literaria con los tratados clásicos y los artículos científicos más actuales es posible llegar a un conocimiento profundo de muchas patologías. Veamos.

La peste, una de las enfermedades más devastadoras de la historia ha sido reflejada en multitud de textos de todas las épocas⁵³⁻⁵⁵. En *El Decamerón*, Boccaccio (1313-1375)⁵² narra la epidemia que asoló Florencia en 1348, Daniel Defoe (1660-1731) en *Diario del año de la peste* (1722)⁵³ analiza el comportamiento humano ante la peste durante la epidemia de Londres de 1664 a 1666 y Alber Camus (1913-1960) en *La peste* (1947)⁵⁴ glosa “Los curiosos acontecimientos que constituyen el tema de esta crónica se produjeron en el año 194... en Oran...” y, aunque es una alegoría, haciendo una lectura “médica”, todo en “La peste” es infección:

“...La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con una rata muerta en medio del rellano de la escalera...”

“...Al cuarto día, las ratas empezaron a salir para morir en grupos. Desde las cavidades del subsuelo, desde las bodegas, desde las alcantarillas, subían en largas filas titubeantes...”

“...Las ratas han muerto de la peste o de algo parecido y han puesto en circulación miles y miles de

pulgas que transmitirán la infección en proporción geométrica, si no se la detiene a tiempo...”

“...He podido verificar análisis en los que el laboratorio cree reconocer el microbio rechoncho de la peste...”

“...Rieux respondió que él no había descrito un síndrome; había descrito lo que había visto. Y lo que había visto eran los bubones, las manchas, las fiebres delirantes, fatales en cuarenta y ocho horas. ¿Se atrevería el doctor Richard a tomar la responsabilidad de afirmar que la epidemia iba a detenerse sin medidas profilácticas rigurosas?...”

“...puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa...”

En España, Miguel Delibes en *El hereje* (1998)⁵⁵ y Antonio Gala (1930-) en *El manuscrito carmesí* (1990)⁵⁶ aportan una interesante visión de la peste en el Valladolid de la época de Carlos V o en la Granada del siglo XV.

“...El concejo nombró una Junta de Comisionados para que informaran de la salud de la villa y de los pueblos próximos y echó mano de los dineros de las sisas del vino y del pan para organizar la defensa contra la enfermedad. Publicó después un bando que los pregoneros divulgaron exigiendo limpieza en las calles, prohibiendo comer melones, calabazas y pepinos, ‘fácilmente impregnados por exhalaciones malignas’, y organizando la atención médica, botica y alimentos para los pobres, puesto que el hambre facilitaba el contagio de la enfermedad. En cambio, los ricos se apresuraban a recoger sus enseres y objetos preciados y, por las noches, abandonaban furtivamente la villa en sus carruajes para instalarse en el campo, en sus casas de placer, junto a los ríos, en espera de que la epidemia cediera. La peste había llegado de nuevo...”

Miguel Delibes. *El hereje*⁵⁵

“...Cuando se declaró la epidemia de peste, la gente la atribuyó a una conjunción nefasta de tres astros, y hasta algunos colegas de Ibrahim [médico judío de la Alhambra] la juzgaron un azote divino descargado por nuestros pecados. Sin embargo, Ibrahim, tan religioso, entendió que todo eso eran tonterías, y que se imponía trabajar sin descanso en contra de planetas y azotes. Pregonó los peligros del contagio y la importancia del aislamiento de los enfermos; mandó hervir o quemar sus

trajes y sus utensilios, y hasta los zarzillos de las mujeres; prohibió concurrir a los baños públicos que dispersaban la contaminación, y, en una palabra, atribuyó el mal a causas naturales, avivadas por la falta de higiene y por el hacinamiento y escasez de viviendas”....

Antonio Gala. *El manuscrito carmesí*⁵⁶

El cólera también ha sido responsable de un intenso sufrimiento y de miles de muertes. Hasta 1817 estuvo confinada al subcontinente indio, propagándose a todo el mundo desde Bengala, posiblemente a bordo de barcos de guerra rusos. Desde ese momento hasta nuestros días ha habido 7 pandemias. La última pandemia se inició en 1961 por lo que su presencia en la literatura es constante. François Rene de Chateaubriand (1768-1848) en *Memorias de Ultratumba* (1848, obra póstuma)⁵⁷, Thomas Mann (1875-1955) en *Muerte en Venecia* (1912)⁵⁸ o Gabriel García Márquez (1927-2014) en *El amor en los tiempos del cólera* (1985)⁵⁹ reflejan diversos aspectos de la enfermedad:

“...El cólera, que salió del delta del Ganges en 1817, se propagó en una extensión de dos mil doscientas leguas de norte a sur y de tres mil quinientas de este a oeste. Ha llevado la desolación a mil cuatrocientas ciudades y ha arrebatado la vida a cuarenta millones de seres... ¿Qué es el cólera? ¿Es un viento venenoso? ¿Son insectos que tragamos y que nos devoran? Si el cólera nos hubiese visitado en un siglo religioso, hubiera dejado un cuadro interesante...”

François Rene de Chateaubriand. *Memorias de Ultratumba*⁵⁷

“...pero a mediados de mayo de aquel año, en Venecia y el mismo día, se habían descubierto los terribles bacilos en los cadáveres desmirriados y ennegrecidos de un batelero y una verdulera. Ambos casos fueron silenciados: pero una semana después eran ya diez, veinte, treinta los brotes, y en barrios diferentes (...). Los casos de curación eran raros; el ochenta por ciento de los aquejados sucumbía a una muerte espantosa, pues el mal, que había alcanzado cotas violentísimas, se presentaba a menudo bajo su forma más peligrosa, el llamado cólera “seco”....”

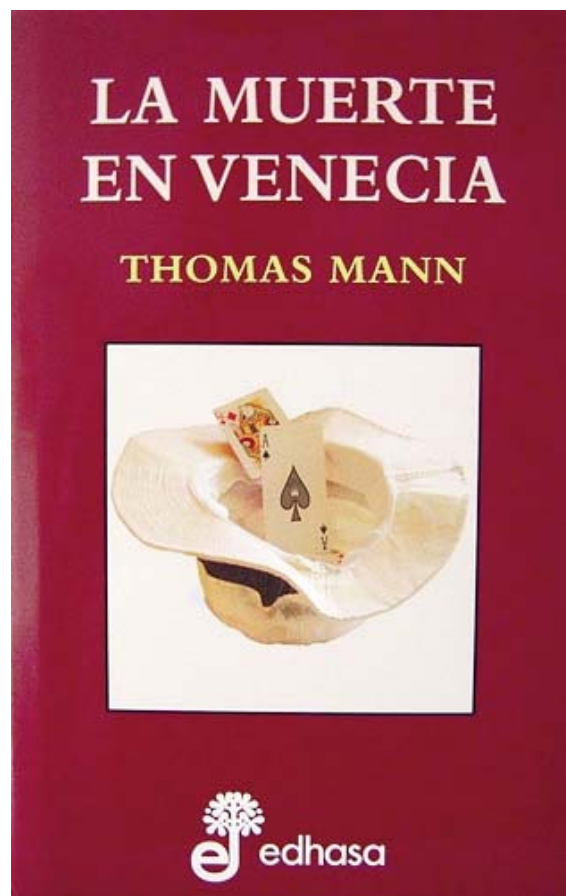
Thomas Mann. *Muerte en Venecia*⁵⁸

“...la ansiedad se le complicó con cagantinas y vómitos verdes, perdió el sentido de la orientación y sufría desmayos repentinos, y su madre se aterrorizó porque su estado no se parecía a los desórdenes del amor sino a los estragos del cólera... El padrino de Florentino

Ariza, un anciano homeópata que había sido el confidente de Tránsito Ariza desde sus tiempos de amante escondida, se alarmó también a primera vista con el estado del enfermo, porque tenía el pulso tenue, la respiración arenosa y los sudores pálidos de los moribundos. Pero el examen reveló que no tenía fiebre, ni dolor en ninguna parte, y lo único concreto que sentía era una necesidad urgente de morir.

Gabriel García Márquez. *El amor en los tiempos del cólera*⁵⁹

La lepra, enfermedad bíblica por antonomasia, aparece reflejada en multitud de páginas de todas las épocas y culturas como símbolo de estigma por las graves deformidades que pueden acompañarla y por su magnificada contagiosidad. *La prueba* de Emilia Pardo Bazán (1851-1921)⁶⁰ es un buen exponente en las letras hispanas pero es Gabriel Miró (1879-1930) quien en *Del vivir* (1904), *Años y leguas* (1928), *Niño y grande* (1922), *Figuras de la Pasión del Señor* (1916/1917) y sobre todo en *El obispo leproso* (1926) describe la enfermedad e incide en el diagnóstico diferencial con otras lesiones consideradas “leprosas”⁶¹⁻⁶⁵:



“...-No es de ahora mi mal. Pero ahora he principiado a estudiarme. Mi ministerio y mis aficiones me hicieron acudir a las Sagradas Escrituras. He recordado que si la piel presenta una mancha blanquecina, sin concavidades, el *lucens candor*, quedará el enfermo siete días en entredicho y observación. (Siete días estuve mirándome). Si persiste, se aguardará otros siete días. (Yo aguardé). Y si, pasado este plazo, se ensombreciere la piel, no será lepra... Vi el *obscurior* en mi carne, y dije: «¡No es lepra!»”

...“Es verdad; todo eso era en aquel tiempo, lo sé; la lepra, «diagnosticada» por Moisés en el hombre, no sería únicamente lepra; sería este mal incurable y otros padecimientos de alguna semejanza...”

...“Y el obispo mentó los eczemas, los herpes, el impétigo, la psoriasis y más denominaciones y estudios de la nosología de la piel. Semejaba muy persuasivo en las enfermedades leves.

...“Su Ilustrísima nombró la lepra, y el médico apartó sus recelos con un ademán indulgente. Antaño se confundía y agrupaba la lepra con otras enfermedades; pero en estos tiempos cualquier curandero la reconocería desde sus principios. No se olvidó de decir el descubrimiento del bacilo, ni de nombrar a Hansen y a Neisser, ni la forma y las medidas del microbio por milésimas de milímetros, sin omitir los ensayos de remedios más audaces como el de inocular ponzoña de serpientes. También contó sus visitas a leproserías donde murieron leprosos de pulmonía, de nefritis, de vejez, los cuales habían vivido más de veinte años con las llagas cerradas y secas, sin dolores, y con capacidad sensitiva hasta en la zona atacada, de modo que debieron ser rehabilitados sanitariamente; estaban limpios de su podre, y se les dejó morir entre los inmundos”...

Gabriel Miró. *El obispo leproso*⁶⁵

“-Tu tío -dijo enérgica y rápidamente- ha pasado la noche con calentura y dolores; cree que tiene un ataque de erisipela, una inflamación de la sangre...-¡Y lo que tiene es el mal de San Lázaro!... -articuló mi madre, con los ojos dilatados de horror....-Bueno, la lepra -respondió mi madre emitiendo la voz entre sus dientes apretados y con una expresión que no es posible imitar ni repetir...”

“...y, la abuela murió lazurada también. ...No puede ser; ese mal ya no existe; es una enfermedad de otros tiempos, de allá de la Edad Media, y ahora ni se ve ni se sabe que la padezca ninguno. Son desvaríos; vamos, que no....-¿Que nadie la tiene? ¿Que no la padece nadie? -prorrumpió mamá casi con furia-. Sí, fíate en Dios y no

corras... En Marín te enseñaría yo más de cinco pobretes leprosos; y esos no la ocultan. Lo que sucede es que en los señores siempre se llama erisipela o humor herpético. Ni en el potro confiesan la verdad: ¡buena gana! Y nosotros debemos hacer lo mismo, porque es una mancha muy grande para la familia y una vergüenza horrorosa”.

“-Vergüenza ni mancha, no -protesté-. ¿Qué culpa tiene nadie de sus padecimientos? El estar enfermo no es afrenta -respondí, mientras en mis adentros una desazón involuntaria me desmentía”.

“-¡Qué ideas tan disparatadas traéis de Madrid! -porfió mi madre con tenacidad invencible-. ¿No te parece vergüenza ser de familia de judíos y de lazardos? Hay cosas que da risa oír las. ¡Sois más extravagantes! Vergüenza y grandísima; y si se corriese por allí, te perjudicaría para casarte hoy o mañana. Tú erre que es erisipela, y de la erisipela no te me sales. Pera yo quise decírtelo, primero por desahogar, segundo para que vivas avisado, y además para que me aconsejes lo que hacemos....¿Crees que me voy a quedar con la lepra en casa, así tan fresca y tan conforme? ¿Crees que voy a exponerme a que se nos pegue? ¡Cualquier día! Desde que me he convencido de que la cosa es lo que me figuré, ni paro ni sosiego: les dejaría campanado en la Ullosa y me largaría yo a donde Cristo dio las tres voces, contigo por supuesto”.

...-¿Pero tú estás bien segura de que es lepra, lepra auténtica? Tus conocimientos en medicina...

-¿Que si estas segura? Como yo fuese médico, a ciencia me ganarían otros... ¡pero lo que es a golpe de vista! Tengo yo ojo de diablo. Además, he visto lazardos mil veces. En la Toja los hay a docenas. En Marín teníamos uno que venía diariamente a casa a pedir limosna: traía su taza para el caldo, y nosotros le dejábamos otra llena en el portal; porque comprenderás que se tomaban mil precauciones, y todas eran pocas. ¡A mí me da eso una grima!...

Emilia Pardo Bazán. *La prueba*⁶⁰

La difteria también ha sido responsable de dramáticas epidemias. La generalización de la vacunación (en España desde 1943) hizo disminuir mucho la incidencia hasta el punto que en los años 70 se llegó prácticamente a su eliminación en muchos países. En España se consideró erradicada en 1987. Sin embargo a partir de los años 80 se ha detectado una reemergencia de la enfermedad fundamentalmente en países de la antigua URSS -aunque se ha ido generalizando- debido a una disminución de la cobertura vacunal asociada a

condiciones de vida deficientes, crisis política, movimientos de población, etc. Su presencia en la literatura no es rara y es interesante el paralelismo entre los pasajes de Gustave Flaubert (1821-1880) en *La educación sentimental* (1869)⁶⁶ y Benito Pérez Galdós en *La familia de León Roch* (1878)⁶⁷ analizado por Alan E. Smith⁶⁸, en los que los dos niños se curan “milagrosamente” por expulsión espontánea de las membranas.

“...La vio contraerse sofocada, llevándose los dedos al cuello para clavárselos, con ansias de agujerearse para dar paso al aire que faltaba a su garganta obstruida. ¡Espectáculo horrible! La muerte de un niño por estrangulación, sin que nadie lo pueda evitar, sin que la ciencia ni el cariño materno puedan distender la invisible garra que aprieta el cuello inocente, antes blanco como lirio y ahora cárdeno como un pedazo de carne muerta...”

“...Bajo la acción del tártaro entibiado, Monina logró expulsar algo de las falsas membranas que se la habían formado en las amígdalas, en la epiglotis y en la laringe. Aliviada un tanto, respiró con holgura y movió con viveza y animación sus ojos. Hubo un movimiento general de esperanza y alegría. Pepa acudió a cubrirla y arreglar su ropa, porque con la violencia de la tos se había desabrigado...”

“...-¿Por qué no intenta usted la operación de la traqueotomía?...-En esta edad es casi un asesinato....Diciendo esto, la madre no sospechaba lo que trataban León y el médico; no vio que tras de las cortinas brillaba un acero, una herramienta lúgubre, más siniestra que el hacha del verdugo....Como si quisiera responderle, Monina dio un violento salto, y en un acceso de horrible tos expulsó un pedazo de falsas membranas.

“...Pues la niña -añadió el médico, estrechando la mano de Pepa- está fuera de peligro. Una reacción sudorífica, precedida de la expulsión de las membranas, nos la ha salvado. León quería intentar la traqueotomía... La disolución cáustica obrando sobre la mucosa nos ha devuelto la joya que creíamos perdida...”

Benito Pérez Galdós. *La familia de León Roch*⁶⁷

“...su carita se ponía más pálida que las sábanas y de su laringe se escapaba un silbido producido por cada inspiración, cada vez más corta, seca y como metálica. Su tos se parecía al ruido de esos mecanimos truculentos que hacen ladrar a los perros de cartón....luego le examinó la garganta, aplicó la cabeza a su espalda y escribió una receta. Pronto se reanudaron los horribles ataques de tos. A veces el niño se erguía de pronto.



Retrato de Benito Pérez Galdós (1894). Joaquín Sorolla (1863-1923). Casa-Museo Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria, España.

Movimientos convulsivos le sacudían los músculos del pecho, y en sus aspiraciones el vientre se le hundía como si estuviese sofocado por haber corrido. Luego volvía a caer con la cabeza hacia atrás y la boca abierta de par en par. Con infinitas precauciones la señora de Arnoux trataba de hacerle tragar el contenido de los frascos, jarabe de ipecacuana y una poción quermetizada. ...El niño comenzó a arrancarse la ropa del cuello, como si quisiera liberarse del obstáculo que le ahogaba, arañaba la pared y se asía a las cortinas de la cama, buscando un punto de apoyo para respirar. Tenía la cara azulenta, y todo su cuerpo, bañado por un sudor frío, parecía adelgazar.... Las sacudidas del pecho lanzaban al niño hacia adelante como para romperlo. Por fin vomitó algo extraño, parecido a un tubo de pergamino. ¿Qué era aquello? ella se imaginó que había arrojado un trozo de sus entrañas. Pero el niño respiraba ampliamente, con regularidad. Esa apariencia de bienestar asustó a la madre más que todo lo anterior; estaba como petrificada, con los brazos caídos y los ojos fijos, cuando llegó el doctor Colot. El niño, según él, se había salvado....”

Gustave Flaubert. *La educación sentimental*⁶⁶



El garrotillo. (Anterior a 1821). Francisco de Goya y Lucientes. (1746-1828). Colección Araoz. Madrid.

Felipe Trigo (1864-1916), novelista y médico en *El médico rural* (1912) (32) la refleja con las siguientes palabras: “Se aterró. No pudo dudarle. Las fauces y la nariz de uno de aquellos enfermitos tapizábanse de membranas resistentes que eran expulsadas con la tos. ¡Difteria! ... Persuadióse el médico... Y no sería otra cosa lo que su hijo padecía!”

En la misma obra describe un tétanos: “Las piernas, los brazos, los músculos del pecho y de la cara, contraíanse a cada contacto con calambres espantosos. No podía tragar ni respirar. Si en los trismos se cogía la lengua con los dientes, partíase y se desangraba. El tétanos, el horrible tétanos, en fin...”.



Opisthónos (1809). Charles Bell (1774-184).
Real Colegio de Cirujanos de Edimburgo.

La gripe también es objeto de páginas de gran interés médico e histórico. Son especialmente frecuentes las que aluden a la gripe de 1918 responsable de millones de muertos y cuyo recuerdo planea todavía hoy en la sociedad y justifica los periódicos sobresaltos ante la circulación de nuevas cepas. Josep Pla (1897-1981) en *El Cuaderno gris* (1918/1919) (69) refleja la elevada mortalidad de la gripe de 1918 y la mayor tasa de ataque de jóvenes y adultos sanos: “Como hay tanta gripe han tenido que clausurar la universidad...(…)...La gripe hace terribles estragos. La familia se ha tenido que dividir para ir a los entierros...(…)...La gripe continúa matando implacablemente a la gente. En estos últimos días he tenido que asistir a diversos entierros.”

En febrero del año 1919 el propio escritor contrae le enfermedad y escribe “He pasado todo el día de ayer y una parte del de hoy en la cama, con la gripe. He sudado como un caballo. Treinta y seis horas seguidas. Me levanto pálido y deshecho. Por un lado me parece que me hubiera podido morir y que me he librado por los pelos. Cuando constato que, a pesar de la fatiga, me

puedo levantar, pienso que quizá ha sido una gripe benigna (...). Las esquelas son numerosísimas. Pone la carne de gallina. La gente dice que la infección microbiana ataca, sobre todo, a los organismos fuertes y de compleción robusta”.

Miguel Delibes en *Mi idolatrado hijo Sisi* (1953)⁷⁰ también incide en la extensión y extremada virulencia de la epidemia, la elevada mortalidad y la necesidad de poner en práctica medidas que permitieran romper la cadena de contagios: “-¡Ah, la gripe! –dijo Cecilio Rubes-. ¿Desde cuándo la gripe es una enfermedad importante? Pensaba en Cecilio Alejandro y creía que con sus gritos restaba gravedad a la situación; quizás, hasta podría ahuyentar la gripe; todo dependía del vigor y la convicción que imprimiera a sus palabras.

Dijo Valentín:

- Esta de ahora no es cosa de broma, señor Rubes. Es una gripe que no se pasa con dos días de cama y un sello de aspirina.

“...Méndez levantó su rostro granujiento. Siempre se ruborizaba para hablar; con un rubor que lo incendiaba todo, la frente, las orejas y los párpados:

- Ayer murieron dos mujeres en mi barrio –dijo.

-... Mi barrio –dijo Valentín– ¿No me había dicho a mí el párroco que no dan abasto los curas para administrar la Extremaunción?

La ciudad entera se sentía atenazada por el invisible fantasma de la gripe. Se dictaron una serie de medidas preventivas: se cerraron las escuelas y los teatros; se suprimieron los paseos dominicales; las empresas funerarias montaron un servicio nocturno permanente para atender el exceso de enterramientos; a los niños nuevos se les imponía el nombre de “Roque” para preservarles de la peste; las fondas y hospedajes cerraban por falta de clientes; los alumnos de la Facultad de Medicina recibieron una autorización especial para tratar casos de urgencias...”

“...los médicos no descansaban ni de día ni de noche... y Cecilio Rubes decía: ‘¡Ah, la gripe! ¿Desde cuándo la gripe es una enfermedad importante?...’

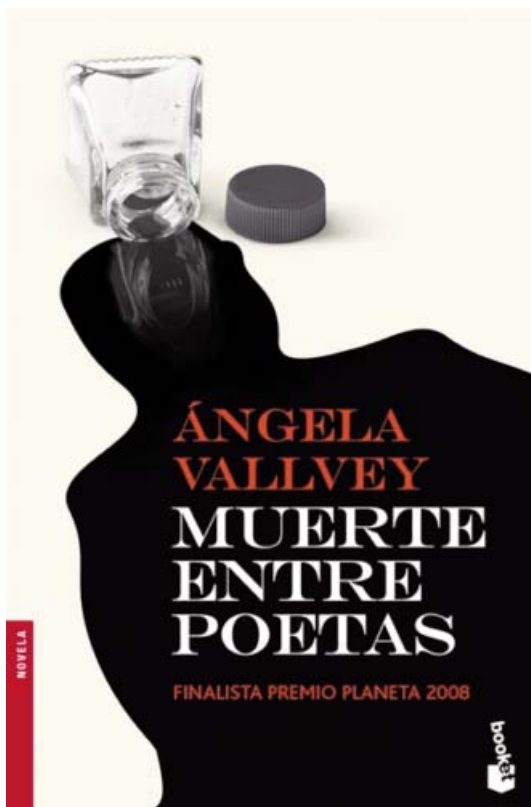
La gripe alcanzó su cenit en la ciudad y lentamente comenzó a decrecer. Los datos de las autoridades sanitarias invitaban al optimismo (...). La tensión de Cecilio Rubes comenzó a decrecer también. Seguía el luto

ahincado en la ciudad, pero era un luto sosegado y pacífico. Poco a poco la gente iba asomando a la calle; iniciaba tímidamente los paseos dominicales, un teatro abría sus puertas, otro anunciaba la próxima apertura con la reaparición de una compañía de cómicos muy renombrados, y, de este modo, la ciudad iba retornando a su antiguo ritmo, encontrándose a sí misma, olvidándose del paso funesto de la peste como de un mal sueño”...

Y no podría terminarse este recorrido por las grandes plagas sin por lo menos mencionar el SIDA. Angela Vallvey (1964-) en *Muerte entre poetas* (2008) novela finalista del premio Planeta⁷¹ relata:

...”Richard era hijo de un médico valenciano... Se inició pronto con las drogas... Sobrevivió cuando sus camaradas de jeringuilla caían como moscas con... la inmunodeficiencia carcomiéndoles la sangre, antes de que se descubriera la enfermedad... Nacho no sabía si había dejado la heroína, pero era evidente que los cócteles de medicamentos antirretrovirales que debía estar tomando ya suponían adicción suficiente. No apreció síntomas visibles de sarcoma de Kaposi...”

...”Padecía sida en un estadio bastante avanzado y, si bien con la medicación actual la enfermedad le



habría permitido vivir veinte años más, una dolencia así no es fácil de sobrellevar según que día.”

Además, estemos ojo avizor, indagemos porque encontraremos fabulosas descripciones de múltiples cuadros infecciosos, neumonías, infecciones de piel y tejidos blandos o catarros como el del inspector Mancuso en *La conjura de los necios* (1980) de John Kennedy Toole (1937-1969)⁷² y páginas y pasajes curiosos como los que se transcriben de Pio Baroja en *El árbol de la ciencia*³⁵ y de Camilo José Cela en *Mrs. Cadwell habla con su hijo*⁴³.

“...Don Alonso se encontraba cada vez peor; sentía escalofríos por todo el cuerpo, un dolor de cabeza violento y una lancetada en el pecho....Don Alonso tosía y no podía respirar; le sacaron del coche al llegar al hospital y le metieron en una camilla.....Después de ocho días, pasados entre la vida y la muerte, el médico de la sala dijo que la pleuresía de don Alonso, se había complicado con el tifus y que era necesario trasladar al enfermo al hospital del Cerro del Pimiento.....Se ha muerto el socio”.

Pio Baroja. *Aurora roja*⁷³

“...el joven está enfermo. El costado derecho, cerca de la cadera, tiene una herida grande como un plátano, rosada, con muchos matices, oscura en el fondo, más clara en los bordes, suave al tacto, con coágulos irregulares de sangre, abierta como una mina al aire libre. Así es como se ve a cierta distancia. De cerca, aparece peor. ¿Quién puede contemplar una cosa así sin que se le escape un silbido? Los gusanos, largos y gordos como mi dedo meñique, rosados y manchados de sangre, se mueven en el fondo de la herida, la puntean con sus cabecitas blancas y sus numerosas patitas. Pobre muchacho, nada se puede hacer por ti. He descubierto tu gran herida; esa flor abierta en tu costado te mata...”

Frank Kafka (1883-1924). *Un médico rural* (1919)⁷⁴

“...El cuerpo se cubrió de pequeñas ampollas rojas, muchas de las cuales reventaron (...) otras crecieron hasta convertirse en verdaderos furúnculos, gruesos y rojos que se abrieron como cráteres vomitando pus espeso y sangre...”

Patrick Süskind (1949-). *El perfume* (1985)⁷⁵

“...El patrullero Mancuso miró el reloj. Llevaba ya ocho horas en la estación de autobuses.... parecía haber cogido un catarro. Allí hacía mucho frío y había

mucha humedad. Estornudó e intentó abrir la puerta... Cada día estaba peor del catarro, y cada vez que tosía sentía un vago dolor en los pulmones que persistía instantes después de que la tos le hubiera resecaado el pecho y la garganta. El patrullero Mancuso se limpió la boca de saliva e intentó expulsar la flema que tenía en la garganta....El patrullero Mancuso se apoyó en la mesa del sargento y jadeó:

-Tiene usted que sacarme de aquel retrete. No puedo soportarlo más.

-¿Qué? -el sargento contempló la marchita imagen que tenía ante sí, los ojos rosados y acuosos detrás de las gafas, los labios secos tras la blanca perilla—. ¿Qué le pasa a usted, Mancuso? ¿Por qué no puede aguantar allí como un hombre? Coger un catarro. Los hombres del cuerpo no cogen catarros. Los hombres del cuerpo son fuertes.

El patrullero Mancuso tosió mojándose la perilla...

-Estoy cogiendo una neumonía.

-Tómese unas pastillas. Lárguese de aquí y tráigame a alguien.

-Mi tía dice que si sigo en esos lavabos; me moriré....

Deje de echarse sobre mí —chilló el sargento—. No quiero que me pegue el catarro. Póngase firmes. Lárguese de aquí. Tómese pastillas y zumo de naranja. Santo Dios..."

John Kennedy Toole. *La conjura de los necios*⁷²



“Muchas veces le dijo a la criada vieja que barría el cuarto que dejara abiertas las ventanas para que entrara el sol; pero la criada no le obedecía.

-¿Por qué cierra usted el cuarto? -le preguntó una vez. Yo quiero que esté abierto. ¿Oye usted?

La criada apenas sabía castellano...que cerraba el cuarto para que no entrara el sol.

-Si es que yo quiero precisamente eso. ¿Usted ha oído hablar de los microbios?

-Yo no, señor

-¿No ha oído usted decir que hay unos gérmenes... una especie de cosas vivas que andan por el aire y que producen las enfermedades?

-¿Unas cosas vivas en el aire? Serán las moscas.

-Sí, son como las moscas pero no son las moscas.

-No; pues no las he visto

-No, si no se ven; pero existen. Esas cosas vivas están en el aire, en el polvo, sobre los muebles..., y esas cosas vivas, que son malas, mueren con las luz..."

Pío Baroja. *El árbol de la Ciencia*³⁵

“... Son curiosas las conclusiones de la II Asamblea de la LIBAR (liga de los bacilos ácido-resistentes) que se celebró, hace ya algún tiempo, en Hamburgo... En esta Asamblea no se trató sino una cuestión: el exterminio de la especie humana, jalón necesario para la conquista del poder... Herr Augustus Friendenberg, en cuyos pulmones se venían celebrando las sesiones de la LIBAR, quiso acabar con la Asamblea y recurrió al rimifón, la estreptomocina y el neumotorax... ¿Por qué, se preguntaba Herr Augustus, han de ser mis pulmones sede permanente de la LIBAR? Que se vayan a Liverpool, que tampoco tiene mal clima... El género humano para la LIBAR se divide, a efectos de exterminio, en tres grupos, A, B y C. Al A pertenecen aquellas personas a quienes hay que exterminar cuanto antes (médicos, químicos, filántropos, etc); al B los seres humanos cuya destrucción no debe ser desaprovechada si se presentan circunstancias propicias (farmacéuticos, arquitectos, etc.) y al C, aquellos otros que ... conviene reservar hasta el final (políticos, estrategas, fabricantes de armas, etc.)”

Camilo José Cela. *Mrs. Cadwell habla con su hijo*⁴³

Conclusiones

Estas páginas son sólo una pequeña muestra de la presencia de las enfermedades infecciosas en la literatura. Cada una de ellas requiere por lo menos un capítulo en la que se analicen no sólo su presencia sino lo fundamental, los aciertos y los errores, la realidad y la ficción de forma que los protagonistas se conviertan en pacientes “reales” y la obra en la historia clínica a analizar.

Referencias

1. Conan Doyle A. *Cuentos de médicos y militares*. Alfaguara, Madrid 1996.
2. Sandblom P. *Enfermedad y creación*. Fondo de Cultura Económica. 1995.
3. Montero R. *La loca de la casa*. Alfaguara. Madrid 2003.
4. Marcano Torres M, Marcano Michelangeli A. Vinculación entre creatividad, arte y enfermedad en la actividad pictórica. *Gac Med Caracas* 2003; 111: 91-111.
5. Reibman J. *Phthisis and the arts*. En Rom WM, Garay SM eds. *Tuberculosis*. Boston: Little, Brown and Co. 1996: 21-34.
6. Romero Hernández C. La tuberculosis en la época del Romanticismo europeo: un recorrido literario. *Rev. Inst. Nal. Enf. Resp. Mex.* 2000; 13: 63-64.
7. Sillau Gilone JA. La literatura en la Medicina. *Enfermedades del torax* 2001; vol. 44. http://sisbib.unmsm.edu.pe/bvrevistas/enfermedades_torax/v44_n3/literatu_medici.htm
8. Prieto S. La tuberculosis en la obra de Cela. *Ars medica*. Revista de Humanidades 2003; 1: 30-47.
9. Cela CJ. *Pabellón de reposo*. Plaza y Janés Editores SA. Barcelona 1999.
10. Cela CJ. *La Rosa*. Espasa Calpe SA, Madrid 2001.
11. Cela CJ. *Memorias entendimientos y voluntades*. Editorial Plaza y Janés SA Barcelona 1993.
12. Torres Villarroel D. *Los desahuciados del mundo y de la gloria*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Edición digital a partir de la de Libros en que están relatados diferentes quadernos phisicos, médicos, astrológicos, poéticos, morales y mysticos, que años pasados dio al público en producciones pequeñas el Doctor D. Diego de Torres Villarroel. Vol. III, Salamanca, Imp. A. Villagordo y P. Ortiz Gómez, 1752.
13. Dickens C. *David Copperfield*. Austral. Barcelona 2011.
14. Murger H. *Escenas de la vida bohemia*. Alba Editorial Barcelona 2007.
15. Dumas A. *La dama de las camelias*. Ediciones Generales Anaya. Madrid 1985.
16. de Alarcón PA (1833-1891). *Viajes por España*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital basada en la 4ª ed., Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1918.
17. Pereda JM. *La puchera*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Edición digital basada en la de Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1889.
18. James H. *Las alas de la paloma*. Ediciones Martínez Roca SA. Barcelona 1998.
19. Pérez Galdós B. *Doña Perfecta*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital basada en la de Madrid, Imp. de J. Noguera, a cargo de M. Martínez, 1876.
20. Pérez Galdós B. *El Doctor Centeno*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital basada en la de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1883.
21. Pérez Galdós B. *Lo prohibido*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital basada en la de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1885.
22. Pérez Galdós B. *Fortunata y Jacinta*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta de La Guirnalda, 1887.
23. Pérez Galdós B. *Miau*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital basada en la edición de Madrid, Imprenta de La Guirnalda, 1888. Ejemp. de la Biblioteca Nacional (España).
24. Pardo Bazán E. *Un viaje de novios*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital a partir de la 6ª ed., Madrid, Pueyo, 1919.
25. Pardo Bazán E. *La Quimera*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012. Edición digital a partir de Obras completas, t. XXIX, Madrid, Impr. J. Moreno, 1905.
26. Pardo Bazán E. *La sirena negra*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Edición digital basada en la 5ª ed. de Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
27. Alas L “Clarín” *La Regenta*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital basada en la edición de Madrid, Librería de Fernando Fé, 1900.
28. Alas L “Clarín”. *El dúo de la tos*. Cuentos morales. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital basada en la de Madrid, La España Editorial, 1896.
29. Alas L “Clarín”. *Su único hijo*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital basada en la de Madrid, Librería de Fernando Fé, 1890.
30. Alas L “Clarín”. *Doña Berta*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital basada en la de Madrid, Librería de Fernando Fé, 1892. Localización: Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
31. Chejov A. *El monje negro*. <http://narrativabreve.com/2013/07/cuento-chejov-monje-negro.html>
32. Trigo F. *El médico rural*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Edición digital basada en la edición de Barcelona, Turner, 1974.
33. Trigo F. *Jarrapellejos*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008. Edición digital basada en la de Simón Vila (ed.), [Badajoz]: Diputación de Badajoz, Departamento de Publicaciones, 2004, (Clásicos extremeños; 18)
34. Darío R. *El oro de Mallorca*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Edición digital a partir de la edición de Carlos Meneses, Madrid, Editorial Devenir, 1990.
35. Baroja P. *El árbol de la ciencia*. Cátedra ediciones. Caro Raggio. Letras Hispánicas. Madrid 1998.
36. Baroja P. *Las noches del Buen Retiro*. Tusquets editores. Caro Raggio. Madrid 1999.
37. Mann T. *La montaña mágica*. Plaza y Janés. Barcelona 1997
38. Jiménez J R. *Platero y yo*. Aguilar. Madrid 1970.
39. Lawrence D.H. *El amante de lady Chatterley*. Alianza Editorial. Madrid 2006.
40. van der Meersch M. *Cuerpos y almas*. Editorial Planeta. Barcelona 2008.
41. van der Meersch M. *Porque no saben lo que se hacen*. Editorial Plaza. Barcelona 1963.
42. Cela CJ. *La colmena*. Plaza y Janés Editores SA. Barcelona 1999.
43. Cela CJ. *Mrs. Cadwell habla con su hijo*. Plaza y Janés Editores SA. Barcelona 1999.
44. Rulfo J. *Pedro Páramo*. Ediciones Cátedra SA. Madrid 1983.
45. Delibes M. *La sombra del ciprés es alargada*. Ediciones Destino. Círculo de Lectores. Barcelona 1984.
46. McCourt F. *Las cenizas de Ángela*. Ediciones Maeva. Madrid 1997.
47. Le Carré J. *El jardinero fiel* (2001), Plaza y Janés. Barcelona 2001.
48. Rivas M. *El lápiz del carpintero*. Alfaguara. Grupo Santillana de Ediciones SA. Madrid. 1998. 9ª ed 1999.
49. Fortes S. *El azar de Laura Ulloa*. Editorial Planeta SA. Barcelona, 2006.
50. Tabucchi A. *Sostiene Pereira*. Salvat Editores. Barcelona 2001.
51. Castro R. *Cartas*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.
52. Boccaccio G. *El Decamerón*. Espasa SLU. Barcelona 1999.
53. Defoe D. *Diario del año de la peste*. Seix Barral. Barcelona 1996.
54. Camus A. *La peste*. EDHASA. Barcelona 1979.
55. Delibes M. *El hereje*. Ediciones Destino. Barcelona 2001.
56. Gala A. *El manuscrito carmesí*. RBA Editores. Barcelona 1992.
57. Chateaubriand FR. *Memorias de ultratumba*. Alianza Editorial. Madrid 2004.
58. Mann T. *Muerte en Venecia*. EDHASA. Barcelona 2010.
59. García Márquez G. *El amor en los tiempos del cólera*. Grupo Editorial Random House Mondadori SL y RBA Editores SA. 2004.
60. Pardo Bazán E. *La prueba*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital basada en la 1ª ed. de Madrid, La España Editorial, [1890].
61. Miró G. *Del vivir*. Obras completas. Edición conmemorativa para los amigos de Gabriel Miró. Vol. I. Tipográfica Altés 1947.
62. Miró G. *Años y leguas*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012. Obras completas. Edición Conmemorativa emprendida por los amigos de Gabriel Miró, Vol. XII. Tipografía Altés. Barcelona 1949.
63. Miró G. *Niño y grande*. Obras completas. Edición conmemorativa para los ami-

gos de Gabriel Miró. Vol. IX. Tipográfica Altés. Barcelona 1947.

64. Miró G. *Figuras de la Pasión del Señor*. Obras completas. Edición conmemorativa para los amigos de Gabriel Miró. Vol. VI. Tipográfica Altés. Barcelona 1947.

65. Miró G. *El obispo leproso*. Obras completas. Edición conmemorativa para los amigos de Gabriel Miró. Vol. XI. Tipográfica Altés. Barcelona 1947.

66. Flaubert G. *La educación sentimental*. Cátedra. Letras Universales. Madrid 2005.

67. Pérez Galdós B. *La familia de León Roch*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Edición digital basada en la de Madrid, Imprenta y Litografía de La Guirnalda, 1878.

68. Smith AE. *Galdós y Flaubert*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006. Edición digital a partir de Anales galdosianos, Año XVIII (1983), pp.25-37.

69. Pla J. *El Cuaderno gris*. Ediciones Destino. Barcelona 2011.

70. Delibes M. *Mi idolatrado hijo Sisí*. Ediciones Destino. Barcelona 1993.

71. Vallvey A. *Muerte entre poetas*. Editoria Planeta SA. Barcelona 2008.

72. Kennedy Toole J. *La conjura de los necios*. Editorial Anagrama. Barcelona 1983.

73. Baroja Pio. *Aurora roja*. Caro Raggio 1994.

74. Kafka F. *Un médico rural*. Impedimenta. Madrid 2009.

75. Süskind P. *El perfume*. Seix Barral. Barcelona 1986.



María José Fresnadillo Martínez es doctora en Medicina, profesora de Microbiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca y miembro del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Salamanca. Desde 1997 ha trabajado en la utilización del cine y otras artes en la docencia de la Microbiología y las enfermedades infecciosas.